



Guy de Maupassant

Aparición



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

# **APARICIÓN**

**GUY DE MAUPASSANT**

**PUBLICADO: 1883  
FUENTE: FR.WIKISOURCE.ORG**

**TRADUCCIÓN PROPIA DE ELEJANDRÍA**

Se habló de secuestro en relación con un juicio reciente. Era al final de una velada íntima en la calle de Grenelle, en un viejo hotel, y cada cual tenía su historia, una historia que afirmaba ser cierta.

Entonces el viejo marqués de la Tour-Samuel, de ochenta y dos años, se levantó y vino a apoyarse en la chimenea. Dijo con su voz un poco temblorosa

- Yo también conozco una cosa extraña, tan extraña que ha sido la obsesión de mi vida. Hace ya cincuenta y seis años que me ocurrió esta aventura, y no pasa un mes sin que vuelva a verla en sueños. Desde aquel día, sigo teniendo una marca, una huella de miedo, ¿me entiendes? Sí, sufrí el horrible terror durante diez minutos, de tal manera que desde aquella hora ha permanecido en mi alma una especie de terror constante. Los ruidos inesperados me hacen estremecer hasta la médula; los objetos que no puedo ver con claridad en la sombra del atardecer me dan ganas de salir corriendo. Por fin tengo miedo por la noche.

No lo habría admitido hasta tener la edad que tengo ahora. Ahora puedo decir cualquier cosa. Está permitido no ser valiente ante peligros imaginarios cuando se tienen ochenta y dos años. Ante los peligros reales, nunca me he echado atrás, señoras.

Esta historia abrumó tanto mi mente, me perturbó de forma tan profunda, misteriosa y aterradora, que ni siquiera la conté. La guardé en lo más profundo de mi ser, en las profundidades donde escondemos los secretos dolorosos, los secretos vergonzosos, todas las debilidades innombrables que tenemos en nuestra existencia.

Te contaré la aventura tal y como es, sin intentar explicarla. Es bastante seguro que pueda explicarse, a menos que yo haya tenido mi hora de locura. Pero no, no estaba loco, y te daré la prueba. Imagina lo que quieras. He aquí los simples hechos.

Fue en 1827, en julio. Yo estaba en Rouen de guarnición.

Un día, mientras paseaba por el muelle, me encontré con un hombre al que creí reconocer sin recordar exactamente quién era. Hice, por instinto, un movimiento para detenerme. El desconocido vio este gesto, me miró y cayó en mis brazos.

Era un amigo de mi juventud al que había querido mucho. En los cinco años que habían pasado desde la última vez que le vi, parecía medio siglo más viejo. Tenía el pelo blanco y caminaba encorvado, como si estuviera agotado. Comprendió mi sorpresa y me habló de su vida. Una terrible desgracia le había destrozado.

Se había enamorado perdidamente de una joven y se había casado con ella en una especie de éxtasis de felicidad. Tras un año de dicha sobrehumana y pasión insaciable, ella había muerto repentinamente de una enfermedad cardíaca, asesinada por el propio amor, sin duda.

Había abandonado su castillo el día del funeral y se había ido a vivir a su hotel de Ruán. Vivía allí, solitario y desesperado, atormentado por la pena, tan miserable que sólo podía pensar en el suicidio.

- Ya que te encuentro así -me dijo-, te ruego que me hagas un gran servicio, y es que vayas a buscar a mi habitación, a nuestra habitación, unos papeles que necesito urgentemente. No puedo confiar esta tarea a un subordinado o a un hombre de negocios, pues necesito una discreción impenetrable y un silencio absoluto. En cuanto a mí, no entraré en esta casa por nada del mundo.

Te daré la llave de esta habitación, que yo mismo cerré cuando me marché, y la llave de mi secretaria. También le darás una nota mía a mi jardinero, que te abrirá el castillo.

Pero venga a comer conmigo mañana y hablaremos de ello.

Le prometí hacerle este pequeño servicio. Para mí sólo era un paseo, pues su finca está situada a unas cinco leguas de Rouen. Me llevaría una hora a caballo.

A las diez del día siguiente estaba en su casa. Almorzamos juntos, pero no pronunció ni veinte palabras. Me rogó que le excusara; la idea de la visita que yo iba a hacer a esta habitación, donde residía su felicidad, le perturbaba, según me dijo. Me pareció singularmente agitado y preocupado, como si en su alma se hubiera librado una lucha misteriosa.

Finalmente me explicó exactamente lo que debía hacer. Era muy sencillo. Tenía que coger dos paquetes de cartas y un fajo de papeles encerrados en el primer cajón derecho del armario del que yo tenía la llave. Y añadió:

- No necesito pedirte que no los mires.

Estas palabras casi me hirieron, y se lo dije un poco bruscamente. Tartamudeó:

- Perdóname, sufro demasiado.

Y se echó a llorar.

Le dejé hacia la una para cumplir mi misión.

El tiempo era glorioso, y troté por los prados, escuchando el canto de las alondras y el rítmico sonido de mi sable sobre mi bota.

Luego entré en el bosque y puse mi caballo a andar. Las ramas de los árboles me acariciaban el rostro; y a veces atrapaba una hoja con los dientes y la masticaba con avidez, en una de esas alegrías de vivir que te llenan, no se sabe por qué, de una felicidad tumultuosa y como esquiva, de una especie de embriaguez de fuerza.

Al acercarme al castillo, busqué en mi bolsillo la carta que tenía para el jardinero, y noté con asombro que estaba sellada. Estaba tan sorprendido e irritado que estuve a punto de regresar sin cumplir mi encargo. Entonces pensé que iba a mostrar una susceptibilidad de mal gusto. Mi amigo podría haber cerrado la nota sin darse cuenta, en la confusión en que se hallaba.

La casa solariega parecía abandonada desde hacía veinte años. La verja, abierta y podrida, se mantenía en pie de algún modo. La hierba llenaba los callejones; ya no se distinguían los parterres del césped.

Al oír el ruido que hice al dar una patada a un postigo, un anciano salió de una puerta lateral y pareció atónito al verme. Me agaché de un salto y le entregué mi carta. La leyó, la releyó, le dio la vuelta, me miró por debajo, se guardó el papel en el bolsillo y dijo

- Bueno, ¿qué quieres?

Respondí bruscamente.

- Debes saberlo, ya que recibiste las órdenes de tu amo allí dentro; quiero entrar en este castillo.

Parecía horrorizado. Dijo:

- ¿Así que vas a entrar en su habitación?

Me estaba impacientando.

- ¡Oh, vaya! ¿Por casualidad pretendes interrogarme?

Tartamudeó:

- No, señor, pero es que no se ha abierto desde... desde la muerte. Si quieres esperarme cinco minutos, iré... iré a ver si...

Le interrumpí enfadada:

- Vamos, ¿me tomas el pelo? No puedes entrar ahí, porque aquí está la llave.

No sabía qué decir.

- Entonces, señor, le mostraré el camino.

- Enséñame la escalera y déjame en paz. La encontraré sin ti.

- Pero..., señor..., sin embargo...

Esta vez me he dejado llevar.

- Ahora cállate, ¿quieres? O tendrás que vértelas conmigo.

Le aparté violentamente y entré en la casa.

Atravesé la cocina, y luego dos habitaciones pequeñas en las que vivía el hombre con su mujer. Luego atravesé un gran vestíbulo, subí las escaleras y reconocí la puerta que me había indicado mi amigo.

La abrí sin dificultad y entré.

El piso estaba tan oscuro que al principio no pude ver nada. Me detuve, presa del olor rancio e insípido de las habitaciones deshabitadas y condenadas, de las habitaciones muertas. Luego, poco a poco, mis ojos se acostumbraron a la oscuridad, y vi con toda claridad una habitación grande y desordenada, con una cama sin sábanas, pero aún con sus colchones y almohadas, uno de los cuales llevaba la profunda huella de un codo o de una cabeza, como si acabaran de depositarla sobre él.

Los asientos parecían desordenados. Me di cuenta de que una puerta, probablemente la de un armario, estaba entreabierta.

Me acerqué primero a la ventanilla para obtener algo de luz, y la abrí; pero los herrajes del parabrisas estaban tan oxidados que no conseguí que cedieran.

Incluso intenté romperlos con mi espada, pero no pude. Como estos esfuerzos inútiles me irritaban, y mis ojos se habían acostumbrado perfectamente a la sombra, abandoné la esperanza de ver con más claridad y me dirigí a la secretaría.

Me senté en un sillón, bajé la estantería y abrí el cajón indicado. Estaba lleno hasta los topes. Sólo necesitaba tres paquetes, que sabía reconocer, y empecé a buscarlos.

Estaba abriendo los ojos para descifrar las inscripciones, cuando me pareció oír, o más bien sentir, un crujido detrás de mí. No le presté atención, pensando que una corriente de aire había agitado alguna tela. Pero al cabo de un minuto, otro movimiento, casi indistinto, me produjo un pequeño escalofrío peculiar y desagradable. Era tan tonto que me movieran, aunque sólo fuera un poco, que no quise darme la vuelta, por pudor hacia mí misma. Acababa de descubrir el segundo de los fardos que necesitaba; y estaba a punto de encontrar el tercero, cuando un gran y doloroso suspiro, empujado contra mi hombro, me hizo saltar como un loco a dos metros de distancia. En mi precipitación me había vuelto, con la mano en la empuñadura de mi espada, y ciertamente, si no la hubiera sentido a mi lado, mi espada, habría huido como un cobarde.

Una mujer alta y vestida de blanco me miraba, de pie detrás de la silla donde yo había estado sentado un segundo antes.

¡Una sacudida tal recorrió mis miembros que casi me caigo de espaldas! Oh, nadie puede comprender, a menos que los haya sentido, estos terrores espantosos y estúpidos. El alma se derrite; uno ya no puede sentir su corazón; todo el cuerpo se vuelve blando como una esponja; parece como si todo su interior se derrumbara.

No creo en los fantasmas; pues bien, vacilé bajo el horrible miedo a los muertos; y sufrí, oh, sufrí más en unos instantes que en todo el resto de mi vida, en la angustia irresistible de los terrores sobrenaturales.

Si ella no hubiera hablado, ¡habría muerto! Pero ella habló; habló con una voz suave y dolorida que hacía estremecer los nervios. No me atrevería a decir que volví a ser dueño de mí mismo y que recuperé la razón. No. Estaba tan angustiado que no sabía lo que hacía; pero esa especie de orgullo íntimo que tengo de mí mismo, un poco de orgullo de profesión también, me hizo mantener, casi a pesar mío, un semblante honorable. Estaba posando para mí, y para ella sin duda, para ella, quienquiera que fuese, mujer o espectro. Me



di cuenta de todo esto más tarde, pues os aseguro que, en el momento de la aparición, no pensaba en nada. Tenía miedo.

Ella dijo:

- ¡Oh, señor, puedes hacerme un gran servicio!

Quise responder, pero me fue imposible pronunciar palabra. Un vago sonido salió de mi garganta.

Ella dijo: ¡Oh, señor, puedes hacerme un gran favor!

- ¿Lo harás? Puedes salvarme, curarme. Estoy sufriendo terriblemente. Sigo sufriendo. Sufro, ¡oh, sufro!

Y se sentó suavemente en mi sillón. Me miró:

- ¿Quieres?

Asentí, con la voz todavía paralizada.

Entonces me entregó un peine de carey de mujer y susurró:

- Píntame, oh, píntame, eso me curará, hay que pintarme. Mira mi cabeza... ¡Cómo sufro; y mi pelo, cómo me duele!

Su pelo desatado, muy largo, muy negro, me pareció, colgaba sobre el respaldo de la silla y tocaba el suelo.

¿Por qué hice esto? ¿Por qué recibí aquel peine con un escalofrío, y por qué tomé entre mis manos sus largos cabellos, que me helaron la piel como si hubiera estado manipulando serpientes? No lo sé.

Esa sensación ha permanecido en mis dedos y me estremezco al pensar en ella.

Lo pinté. Manipulé no sé cómo este pelo de hielo. Lo retorcí, lo até y lo desaté; lo trenzé como se trenza la crin de un caballo. Ella suspiró, agachó la cabeza, parecía feliz.

De repente dijo: "¡Gracias!", me arrebató el peine de la mano y salió corriendo por la puerta que había visto entreabierta.

Al quedarme solo, tuve durante unos segundos esa confusión aterradora que se siente al despertarse después de una pesadilla. Luego, por fin, recobré el sentido; corrí hacia la ventana y rompí los postigos de un furioso empujón.

Entró un chorro de luz diurna. Me precipité hacia la puerta por la que había salido aquel ser. La encontré cerrada e inamovible.

Entonces me invadió una fiebre de huida, un pánico, el verdadero pánico de la batalla. De repente cogí los tres paquetes de cartas que había sobre el escritorio abierto, atravesé corriendo el piso, salté las escaleras de cuatro en cuatro, me encontré fuera de no sé dónde, y al ver mi caballo a diez pasos, salté sobre él y salí al galope.

Sólo me detuve en Rouen, y delante de mi casa. Tras arrojar la brida a mi ordenanza, huí a mi habitación donde me encerré a pensar.

Luego, durante una hora, me pregunté angustiosamente si no habría sido víctima de una alucinación. Ciertamente había tenido una de esas incomprensibles conmociones nerviosas, una de esas tormentas cerebrales que producen milagros, a las que lo Sobrenatural debe su poder.

Y estaba a punto de creer en una visión, en un error de mis sentidos, cuando me acerqué a mi ventana. Mis ojos, por casualidad, bajaron hasta mi pecho. Mi dolman estaba lleno de pelos, ¡largos pelos de mujer que se habían enroscado en los botones!

Los agarré uno a uno y los tiré con dedos temblorosos.

Luego pedí mi receta. Me sentía demasiado conmovida, demasiado turbada, para ir a casa de mi amiga aquel día. Quería pensar detenidamente lo que debía decirle.

Le envié sus cartas y le dio un recibo al soldado. Preguntó mucho por mí. Le dijeron que estaba enferma, que me había quemado con el sol, no sé qué. Parecía preocupado.

Fui a su casa al amanecer del día siguiente, decidida a contarle la verdad. Había salido la noche anterior y no había vuelto.

Volví durante el día y no se le había vuelto a ver. Esperé una semana. No volvió. Entonces llamé a la policía. Le buscaron por todas partes, sin descubrir ni rastro de su paso ni de su retirada.

Se hizo una visita minuciosa al castillo abandonado. No se encontró nada sospechoso.

No había indicios de que allí se hubiera escondido una mujer.

La investigación no llegó a nada y se suspendió la búsqueda.

Y durante cincuenta y seis años no he sabido nada. No sé nada más.

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE**  
**[WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO**  
**PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**